



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Dos Centavos

Ricardo Cabrera
Julio 01, de 2020

La ciudad de México resentía aún el frío invernal, no obstante, la aristocracia porfiriana se dio cita para la tertulia que se celebraría en honor de la primera dama Doña Carmen Romero Rubio, esposa del dictador y presidente de la república.

Se daba cita, lo más granado de la sociedad, el esplendor porfiriano se veía en cualquier esquina de la modesta casa en comparación a su fama, en la que vivió hasta su exilio. La calle de Cadena en el Centro Histórico de la Ciudad de México, resultaba insuficiente para la cantidad de lujosos vehículos que se daban cita. Dentro, el lujo de las paredes y los cielos



rasos era resaltado por una excelente iluminación, se dejaban escuchar los compases de la orquesta que interpretaba la música de moda.

La escena interior parecía una postal trasladada desde Francia y montada en excelente coreografía en la casona del general





Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

En una esquina Don Ignacio de la Torre, y su esposa Amada Díaz, eran el centro de atracción de un grupo de personas, Don José Yves Limantour y consorte entre ellos, aunque la mayoría eran bastante jóvenes, el yerno de don Porfirio sabía cómo mantenerlos entretenidos. Sin ser apuesto, con unos bigotes prominentes que le cubrían casi media cara, sabía a través de su elocuencia como mantener cautiva a la audiencia.



Un cambio en el repertorio musical les confirmó la presencia de la pareja presidencial, las notas del vals Carmen, creación de Juventino Rosas, se dejó escuchar, los aplausos opacaron la animación del grupo donde Don Ignacio se había convertido en el orador principal.

Amada, intentó llegar hasta donde su padre y su madrastra se encontraban, les fue imposible, dada la aglomeración de la gente, todos quería ser los primeros en presentar sus respetos a la homenajead. Decidieron esperar la noche apenas estaba comenzado.

El tumulto de gente, tropezó con el marido de la hija predilecta de Porfirio Díaz, haciendo que dos monedas de un centavo cada una, saltaran entre los pies de los asistentes, dada su curiosa deformación.

El rostro de Don Ignacio palideció, estas monedas habían sido las protagonistas de la historia que recién contara a los presentes haciendo las delicias de todos. Quienes formaban el grupo, se dieron a la tarea de buscar tan peculiares objetos de cobre, dado su tamaño y la jungla de piernas masculinas y opulentos



vestidos de las damas, que llegaban al suelo, convertían a esta acción en algo virtualmente imposible.

El revuelo por las moneditas extraviadas levantó murmullos que llegaron hasta donde Don Porfirio y Doña Carmen saludaban a sus invitados.

— ¿Qué está pasando en aquel extremo de la sala? Preguntó Doña Carmen con algo de curiosidad.

La pareja encamino sus pasos hacia donde un grupo de personas parecía buscar algo en el piso, salpicado de comentarios jocosos.

—Pues me parece que estaban jugando a la gallina ciega, comentó el caudillo un tanto divertido y remató.

—Y estando nacho de por medio, no me extrañaría que él sea la gallina.

— ¡Porfirio! Doña Carmen miró a ambos lados para ver si alguien había escuchado la impertinencia de su esposo que reía divertido.

— ¿Qué pasa, por qué tanto revuelo?

—Don Porfirio, doña Carmelita, que noche inolvidable, beso su mano señora. Una inclinación del Secretario de Hacienda siguió a sus palabras.

—Nachito nos contaba una historia bastante entretenida, por desgracia los objetos protagonistas de la misma, parecen haberse extraviado.

—No del todo, contestó Ignacio de la Torre, mostrando en forma triunfal una moneda de un centavo con una curiosa forma de cazuelita.

Don Porfirio la tomó entre sus dedos examinándola como si fuera un joyero y posteriormente la refirió a su esposa.

— ¿Qué historia es esa, podemos conocerla nosotros también? Don José





Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

tomó la palabra, quitando con ello el protagonismo a su autor.

—Pues bien, asegura Nachito que hace algunos años, no precisó cuantos, fue objeto de una escaramuza en la cual su honor se vio comprometido. Al ver la cara de asombro de Don Porfirio, Don José se apresuró evitar confusiones.

—Una situación inédita para usted señor Presidente. Pues bien, como decía, nos cuenta el señor de La Torre, —había visto la impresión que causaba en Don Porfirio al llamarlo “nachito”— Se encontraban en una fiesta, la animación parecía ser mayor en algunos de los invitados, en incluso, al parecer había quienes no formaban parte habitual del grupo. Hasta ellos llegó el pedido de auxilio de una chica, de la cual omitió el nombre, por supuesto. Era molestada por un par de gañanes. El señor de La Torre, llegó presto a brindarle su protección. Esto fue mucho antes de casarse con Amadita. El dictador se veía un tanto nervioso.



—Es el caso, que Don Ignacio cruzó el rostro de uno de ellos y lo retó en duelo. El beodo muchacho, provocador de tal situación quiso evitarlo, pero ya era tarde, so pena del deshonor.

—El duelo se dio a las seis de la mañana en los llanos de Balbuena. Don Ignacio de La Torre llegó primero, los padrinos, obligados por el protocolo, revisaron las armas y quedaron convenidos.

Tomaron sus pistolas, se contaron veinte pasos y con la orden del padrino principal, ambos dieron media vuelta y abrieron fuego.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—Don Ignacio se llevó la mano al pecho, sintió el impacto de la bala y se creyó perdido. Su oponente había recibido el proyectil en el medio de la frente y cayó abatido ante la mirada de consternación de los presentes.

—Se procedió de inmediato para el auxilio del herido, el médico que asistió ese día, o daba crédito de la buena suerte de Don Ignacio. En su bolsillo, a la altura del corazón, dos monedas de un centavo, se encontraban en perfecto abrazo, deformadas por la bala que le habría matado. Su yerno, Don Porfirio, esquivo a la muerte, de la mano de la providencia. Se dejaron escuchar aplausos de los presentes, Don Ignacio bajo los ojos en un gesto de humildad.



—De mano de la Providencia ¿Eh? Jamás he creído en la suerte Don José. La historia nos deja un muerto, su vida fue cambiada por dos centavos, curiosamente acomodados en el bolsillo de un caballero. Si el aliento continuaba siendo sostenido, se ahogarían.

—Mañana sin falta, señor secretario, instruya a la casa de moneda, que se acuñen cincuenta mil piezas de dos centavos. La moneda en



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

cuestión deberá ser del doble del tamaño de la que sostiene mi yerno en su mano. Deseo que sea perfectamente visible, por si accidentalmente se queda en el bolsillo de un “caballero”. El aliento fue recobrado, aunque la atmosfera había quedado en un estado de tensión tal que nadie se atrevía a ser el primero en hablar.



—Buenas noches, señores, señoras. Dio media vuelta en actitud de alejarse con su esposa del brazo que lo miraba un tanto mortificada.

Todos vieron cuando Don Porfirio pateó un pequeño objeto, el sonido metálico se perdió con los acordes de la música. 2